

# Ideales

Otro espacio para pensar



Instituto de Educación  
a Distancia **IDEAD**

## Desandando pasos kilométricos en torno al oficio de educar. Señales narrativas para (re)comenzar otro viaje

*Richard Eduardo Hayek Pedraza*<sup>13</sup>

Porque todo texto, como el mundo, como el hombre mismo es fluido, es un devenir que se aproxima al ser, pues no hay ser, un movimiento que nunca se aproxima a la verdad, pues no hay verdad. El mundo es una fábula, sus sentidos infinitos, la narración<sup>14</sup> un arte. Comienza la aventura.

Jorge Larrosa

Cuando comenzamos un viaje es posible que (nos) pase de todo, pues el destino vislumbrado por el viajero se encuentra permeado por una serie de contingencias que escapan a cualquier plan, ruta segura y demás detalles prescritos. De ahí que vislumbrar un viaje sin contratiempos sea como negarnos a nosotros mismos y cada una de las posibilidades desencadenadas por dicha experiencia, ya “(...) que lo importante no es viajar; sino haber viajado” (Larrosa, 2003, p. 350).

En ese sentido, Oscar y yo, lejos de anticiparnos a los acontecimientos por venir, quisimos enfrentar este tercer y, quizás, último viaje con una pizca de azar de por medio. Aunque creíamos tener ya las señales suficientes para mostrar otra mirada en torno al oficio de educar a partir de lo observado durante el viaje anterior a Cajamarca, la posibilidad de (re)encontrarnos nuevamente con la profesora Viviana fue el impulso que necesitábamos para, en vez de

seguirle dando vueltas al asunto, hacer maletas, esperar la llegada de un nuevo día y, con ello, aventurarnos a viajar buscando quién sabe qué cosas.

Muy en el fondo sabíamos y presentíamos que dejar de lado ese plus de incertidumbre sería como aceptar, según lo expresa Larrosa (2003), “(...) los puntos de vista mediocres que nos dan a ver una realidad plana y sin perfiles; las perspectivas dogmáticas que nos dan la realidad completamente esclarecida, sin contradicción y sin misterio; las visiones supuestamente desinteresadas que nos dan una realidad sin pasión, sin orientación” (p. 379).

Así, en la noche del lunes Oscar y yo ultimamos detalles y cada uno se fue a descansar a su casa. A la mañana siguiente, a eso de las ocho, ya estábamos rodando por la calle principal del barrio Modelia. Fuimos avanzando a través del asfalto a gran velocidad, procurando sortear

13. Licenciado en Educación Básica con Énfasis en Lengua Castellana, IDEAD - Universidad del Tolima. [rehayekp@ut.edu.co](mailto:rehayekp@ut.edu.co)

14. La palabra que aparece en la cita original de Larrosa es “lectura”. Simplemente se optó por reemplazarla siguiendo las pretensiones discursivas del texto.

Los avatares climáticos que últimamente venían matizando de grises y humedecidos clamores el firmamento ibaguereño. Para ese momento, nuestra idea era llegar lo más pronto posible a la *Montaña Mágica* en que yace el municipio de Cajamarca y, por consiguiente, el Liceo Principito: el lugar acordado para (re) encontrarnos una vez más con la profesora Viviana. En esta ocasión fue poco lo que hablamos durante el recorrido, quizás por las gélidas oleadas que desde mucho antes de arribar ya nos hacían sentir como si estuviéramos en Cajamarca; o por lo apremiante del tiempo dado que ya el viernes expondríamos lo vivenciado de cara a nuestros compañeros del seminario; o porque las preguntas mutuas acerca de lo que haríamos conformaron una especie de silencio en el cual, tanto Oscar como yo, optamos por refugiarnos para mantenernos despiertos en la calidez de nuestras voces, que iban enfriándose con el paso de los kilómetros.

La cuestión es que llegamos a Cajamarca cuando el reloj marcaba las nueve y media de la mañana. Parqueamos frente a la Alcaldía y en seguida fuimos por un café, esto último ya se nos había convertido en un hábito revitalizador. Luego nos dirigimos al *SAI* de siempre para, en el caso de O., recargar minutos y, en lo que a mi concierne, avisarle a mi viejita que ya estábamos allí, sanos y salvos, lejos de casa, pero no por mucho tiempo. Rato después nos detuvimos a las afueras del Liceo. Coincidentalmente, Viviana estaba por los alrededores y Oscar la vio alzando la mano en señal de saludo desde la calle subsiguiente a la que nosotros ocupábamos. Esperamos de pie por un ratito. Luego Viviana reapareció y fue acercándose. Traía unas fotocopias entre manos y llevaba puesta una blusa azul oscuro con pequeños símbolos infantiles, un jean y unas zapatillas rosadas. Nos saludamos con un beso en la mejilla y le preguntamos para qué eran las copias, a lo que ella respondió que tales documentos mediaban como los contenidos a abordar en la clase del

día, clase que ella ofrecería para los niños y las niñas de transición.

Ingresamos al Liceo. Saludamos a las profesoras Tatiana y María. Era la hora del recreo, por ende, tuvimos que esperar. Viviana, Oscar y yo contemplamos el paisaje escolar atestado de niños y las niñas, inundado por los ecos de la infancia por venir resonando en cada rincón, aunque los pequeños se mostraban muy quietos, demasiado quietos, cosa que me causó curiosidad. Le pregunté a Viviana acerca de tal comportamiento, y ella señaló que la quietud reinante respondía, principalmente, a que los niños dedicaban los primeros minutos del recreo para compartir los alimentos con sus compañeritos y profesoras, y que luego de eso les daban rienda suelta a sus juegos, presagio que se cumpliría a eso de las diez y quince de la mañana. A las diez y media sonó la campana, señal que indicaba la finalización del recreo y, a su vez, el reingreso de los niños a las aulas para proseguir con sus clases. Así, entonces, Oscar y yo acompañamos a Viviana hasta el aula de transición. Apenas entramos, varios niños, entre ellos Anita y Matías, los más pequeños del grupo, rodearon a Viviana hasta aferrarse a sus piernas. Ella les devolvió el saludo diciendo, con seguridad y ternura a la vez: ¡Hola mis chiquitos! ¿Cómo han estado? Luego, en medio de un acompasado coro de vocecitas respondiendo “muy bien”, Viviana completó el gesto de apertura de su clase con una invitación a tomar agua. Acto seguido, mirándonos a Oscar y a mí, ella les manifestó a los niños quiénes éramos y por qué estábamos allí.

Con la clase ya instalada, Viviana se acomodó en su escritorio mientras los niños aguardaban desde sus sillas eso que su profesora les tenía preparado: la tarea. Antes de entregar la actividad a desarrollar, Viviana fue marcando las hojas una-por-una con el nombre de cada niño y niña. La tarea consistía en asociar las vocales y los números del 1 al 9 con los colores primarios



(amarillo, azul y rojo), también con algunos secundarios como lo son el verde, el naranja y el violeta.

El ejercicio de asociación estaba enmarcado en un paisaje donde los niños podían no sólo ver, sino también mirar flores, árboles y hojas, y una diminuta abeja zumbando en la parte central de la hoja de papel en que descansaba la imagen. La intención formativa de la actividad aludía al repaso de las vocales y los números, así como también al reconocimiento y diferenciación de los colores mediante algunas señales (una vocal o un número) que les iban indicando a los niños cuál color emplear para rellenar los elementos constitutivos del paisaje base. Por otro lado, la actividad propendía por afianzar la motricidad fina durante la aplicación de los colores realizada por los estudiantes.

Sin embargo, al margen de la explicación pedagógica que acabamos de compartir, lo verdaderamente importante fue que Oscar y yo observamos un inusitado interés de los niños y niñas por hacer bien su tarea, ya sea pidiéndonos ayuda para sacarle punta a los colores y con ello darle vida al dibujo, o mirándonos fijamente como si les faltara una última indicación en torno a cuál color emplear; o sugiriendo, apenas con un tímido arqueado de cejas, una palabra de aliento para continuar completando su trabajo. Desde donde yo estaba, descubrí a un Oscar muy compenetrado con Samuel, quien, según Viviana, próximamente se quedaría sin hogar y tendría que ser llevado al Bienestar Familiar porque no cuenta con quien lo apoye y lo cuide de cara a su infancia. Esta situación le preocupaba a Viviana porque Samuel había sido abandonado por su madre a muy temprana edad, siendo adoptado por un vecino quien luego lo pondría bajo el cuidado de uno de sus hijos. El joven, por cuestiones de trabajo, pronto se trasladará hacia otro lugar, lo cual ha despuntado en el panorama complejo que atañe a Samuel.



Entre colores, vocales y números, actividad con los niños de transición

Al margen de esta confianza, Viviana nos comentó en varias ocasiones que le sorprendía cuán juiciosos estaban los niños, pues no era algo habitual la concentración y dedicación que mostraban. Además, ella se pasó la mayor parte del tiempo con Matías, quien lucía muy feliz en las piernas de su profesora, haciendo la tarea mientras (in)conscientemente iba afianzando los constructos cognitivos y habilidades motrices propios de su etapa de desarrollo. Aquí conviene traer a colación a Antelo (2011), cuando manifiesta: “El que enseña cuida, y el que cuida está presente. No es aislando la enseñanza del cuidado como podremos mejorar nuestras prácticas educativas”, puesto que “Tal vez, el vigor de la enseñanza radique en mostrar al conjunto de la sociedad el valor que termina por tener en la cultura el cuidado del otro a través del reparto sistemático de conocimientos” (p. 120). Cabe mencionar el nivel sobresaliente de María Alejandra para cumplir con su tarea; pues, además de llevar a buen término la actividad, la hizo con mayor rapidez que sus compañeritos, incluso tuvo tiempo de adentrarse en otro taller referido a la suma. También fue grato percibir la complicidad de María Paula y Juan David en un rincón del aula, o la fuerte amistad que existe entre Anita y Fernanda, quienes se prestaban los colores mutuamente e iban recomendándose, una a la otra, cómo pintar las flores o la abejita.

A manera de paréntesis, queremos compartir que en cierto momento la clase fue interrumpida por los estudiantes de cuarto grado, quienes se habían desplazado desde su salón hasta el aula de transición para que la profesora Viviana les colaborara con algunos dibujos asociados con sus anhelos futuros. Viviana accedió entre sonrisas y gestos de sorpresa por cuanto su tiempo escolar estaba planeado para los niños y niñas de transición, y la irrupción de los estudiantes de cuarto era una especie de contratiempo que ella resolvió haciendo lo que cualquiera en su lugar haría, es decir, prestando atención a los pedidos y ruegos de sus estudiantes en el marco de tal o cual actividad.

Así, Viviana fue consultando imágenes en su celular, correspondientes al sentir de los niños y las niñas de cuarto grado en cuanto a cómo se veían ya en su rol de adultos, y acto seguido pasó a plasmarlas en los cuadernos de los estudiantes: dibujó una veterinaria, una cantante, un policía y ya no recuerdo que otra imagen habrá imitado con lápiz y sobre el papel, porque me dirigí hacia otro lugar del aula. La aglomeración de niños y niñas fue tal, que llegué a contar por lo menos quince estudiantes en un aula destinada a cobijar máximo diez. No obstante, los estudiantes de cuarto grado no sólo hacían fila para que la profesora Viviana les ayudara con sus dibujos, sino que también les prestaban auxilio a los niños y niñas de transición, experiencia acogedora porque la evidente (co) implicación afectiva entre estudiantes, tomando en cuenta las distintas edades y estaturas, es una señal alrededor de la cual reflexionar para, quizás, tratar de transmitirla en otras instituciones educativas donde pervive un sesgo gradual entre los distintos grupos de estudiantes. Cerramos el paréntesis.

Todos esos momentos que describíamos en el penúltimo párrafo conjugaron un otro paisaje al margen del que los niños y las niñas ya casi estaban a punto de terminar de colorear, pues las

imágenes se movían de dos en dos y de un lado al otro del salón, (re)creando un nuevo collage de voces por trazos, de sonrisas por colores, de cuerpos por dibujos, de sensibilidad encarnada por niveles de expresividad que debían plasmarse sobre el papel.

En ese sentido, lo vivenciado nos empuja a considerar cómo “Una vez la escuela transforma positivamente su voluntad de reclusión, las prácticas parecen ser otras: asistencia, afecto, protección, seguridad, abrigo. Así, la escuela no es solamente cárcel o encerrona, sino refugio, segundo hogar, comunidad” (Antelo, 2007, p. 4). Por otro lado, tal perspectiva de la escuela nos da pie para recordar algunas preguntas que bien vale la pena tener en cuenta: ¿Qué hace que nuestros niños asistan a la escuela? ¿Será el aprendizaje? ¿Quieren en verdad nuestros niños ser educados? ¿Será acaso el amor que les brindamos en la escuela lo que mueve a los niños, lo que los impulsa a despertarse cada mañana para ir a recibir la lección, lo que les hace olvidar quienes son porque en clase, cuando son amados, sienten que pueden llegar a ser lo que nadie cree que serán? ¿Amamos a nuestros niños, los queremos quizás, quisiéramos amarlos tal vez? La respuesta no será categórica como debiera enunciarse, pero sí humanamente posible por cuanto el oficio de educar, desde el lugar que queremos darlo a entender, trasciende lo meramente profesional hasta encumbrarse hacia una otra mirada de lo que hacemos –o dejamos de hacer– en la escuela.

Y esta otra mirada supone (des)entender lo que por años hemos entendido por educación, (des)identificarnos para adentrarnos hacia un nuevo umbral donde lo educativo no tiene tanto de cognitivo y procedimental, como sí de vívido y experiencial; pues, si bien “(...) en la discusión pedagógica es frecuente creer que aquello que tiene más chance de imponerse es lo bueno y lo correcto, lo más humanitario” (Antelo, 2007, p. 9).

La praxis pedagógica de la profesora Viviana, aunada al ambiente de armonía y (co) implicación afectiva observado en los niños y las niñas del Liceo Principito, ofrece muchas señales en cuanto a lo otro de los fenómenos educativos, eso otro que se simboliza en gestos de acogida y palabras de aliento no (pre)vistos ni tenidos en cuenta en el andamiaje metodológico y resultadista de la escuela actual. Nuestra pretensión no es hacer de lo vivenciado una epifanía al amor, aunque no sería descabellado hacerlo en una sociedad donde la distancia hacia el otro, incluso hacia nosotros mismos, se ha constituido en un imperativo moral y comunicativo, sino poner en consideración esos gestos simbólicos que, quizás sin saberlo, les ofrecemos a nuestros estudiantes durante el discurrir escolar, gestos que al no reflexionarse podrían perderse al ritmo de los ires y venires didácticos en los cuales nos vemos inmersos, por cuanto cada cosa que hacemos como docentes termina diluyéndose –y normalizándose– en el sin sentido de los hábitos pedagógicos. En razón a ello, Contreras manifiesta largamente:

... por eso, necesitamos relatos que nos muestren las potencialidades simbólicas de ciertas prácticas educativas; por eso necesitamos cierto tipo de relatos que nos puedan mostrar lo intangible e infinito de las mismas junto a su materialidad y concreción. Y por eso necesitamos también, [...], contrarrelatos que contrarresten los relatos dominantes inducidos desde las presiones de los sistemas educativos, mostrando que otras prácticas con otro sentido, con otra historia que contar, son a la vez reales y posibles. Porque es esto lo que nos permite mantener viva su potencialidad y ponernos a trabajar, sabiendo qué es lo que buscamos, qué queremos rescatar, qué queremos hacer pervivir más allá de las formas y las apariencias, y cómo

podemos buscarlo haciendo cosas concretas, pero abiertas al infinito. (2016, p. 28)

### Consideraciones finales

Son muchos los detalles que quedan pendientes de narrar, pues a eso de las once de la mañana Oscar y yo nos colamos al grado cuarto, donde Viviana tenía pensado abordar “El lenguaje de la pintura”, eventualidad que se llevó a cabo como estaba presupuestado dentro de su itinerario escolar. No obstante, creemos –y confiamos– que las señales recolectadas a lo largo de este viaje, incluyendo esos otros indicios narrados *a posteriori*, puedan servir(nos) para hacer de esta travesía narrativa una otra experiencia del viajar, procurando con ello adentrarnos, bien sea a tientas, o bien con un atisbo de esperanza viboreando a lo lejos, hacia el intrincado sendero de ese oficio nuestro denominado educar.

Finalmente, cabe manifestar que ya en la tarde Oscar y yo nos volvimos a reunir con Viviana para cerrar lo experienciado con una entrevista. Nuestro diálogo, más casual que otra cosa, tuvo lugar en el hogar de Viviana: un cuarto que ya no era el mismo de la primera vez (aquel adornado de libros y películas y regalos que los niños y niñas del Liceo Principito le habían dado en ciertos momentos de su vida), sino un otro cuarto ubicado en el tercer piso de una casa hotel, con vista hacia las montañas de Cajamarca; un cuarto pequeño, pero a la vez fraterno como para conversar un rato, tomar reposo luego de la jornada laboral y tejer complicidades, o (re) fundarlas. En ese espacio, mientras Oscar y yo preparábamos el escenario para la entrevista, Viviana, acostada en su cama, nos contaría que un gato suele visitarla a menudo, que casi siempre llega en las noches por un poco de alimento, que no se sabe de dónde viene...

Dar alimento, acoger al desamparado... gestos de acogida que por todo lo narrado hasta aquí

parecieran pertenecerle a Viviana, ¿por qué no hacerlos nuestros también? ¿Cómo no reflexionar en que “Si etimológicamente la palabra ‘acompañar’ significa ‘compartir el mismo pan’; y si ‘pan’ (o *panis*) es alimento, es decir, vida; entonces cuando decimos que

‘educar es acompañar’, en el fondo estamos aludiendo a que ‘educar es alimentar, ¿es dar la vida?’” (Silgado, 2016, p. 59) Con esta inquietud terminamos, no definitivamente, pero sí por ahora. Hasta pronto.

## Referencias bibliográficas

- Antelo, E. (2007). Alarma en las escuelas. Miedo, seguridad y pedagogía. *Revista Propuesta Educativa*, 1 (27), 7-17. <https://www.redalyc.org/pdf/4030/403041699003>
- Antelo, E. (2007). Variaciones sobre el *espacio escolar*. En R. Baquero, G. Diker y G. Frigerio (Comps.), *Las formas de lo escolar*, pp. 1-10. Buenos Aires: Editorial del Estante. <https://www.studocu.com/es-ar/document/universidad-torcuato-di-tella/psicopedagogia-terapeutica/anteloespaciocem/44934099>
- Antelo, E. (2011). Variaciones sobre la enseñanza y el cuidado. En *Los gajes del oficio: enseñanza, pedagogía y formación* [1ª ed., 1ª reimp.], pp. 117-132. Buenos Aires: Aique Grupo Editor. [https://www.fapyd.unr.edu.ar/wp-content/uploads/2017/08/Alliaud,%20A.%20,%20Antello,%20E.%20\(2011\).%20Los%20gajes%20del%20oficio%20-%20ense%C3%B1anza,%20pedagog%C3%ADa%20y%20formaci%C3%B3n.pdf](https://www.fapyd.unr.edu.ar/wp-content/uploads/2017/08/Alliaud,%20A.%20,%20Antello,%20E.%20(2011).%20Los%20gajes%20del%20oficio%20-%20ense%C3%B1anza,%20pedagog%C3%ADa%20y%20formaci%C3%B3n.pdf)
- Contreras, J. (2016). Tener historias que contar: profundizar narrativamente la educación. *Revista Roteiro*, 41 (1), 15-40. <https://www.redalyc.org/journal/3519/351964732003/351964732003.pdf>
- Larrosa, J. (2003). *La experiencia de la lectura. Estudios sobre literatura y formación*. México: FCE
- Silgado, A. (2016). *(Entre) experiencia y formación: Nota(s) al pie*. Colombia: Caza de Libros Editores

## Referencia

Richard Eduardo Hayek Pedraza. *Desandando pasos kilométricos en torno al oficio de educar. Señales narrativas para (re)comenzar otro viaje*.

Revista Ideales, otro espacio para pensar. (2024). Vol. 17, 2024, pp. 53-58

**Fecha de recepción:** junio 2024

**Fecha de aprobación:** agosto 2024





Universidad  
del Tolima



ACREDITADA  
DE ALTA CALIDAD

¡Construimos la universidad que soñamos!

Instituto de Educación  
a Distancia **IDEAD**